BALNEARIOS. Aspectos históricos

Por **José Ignacio Santidrián**

La limpieza con agua se ha asociado desde la antigüedad a numerosas prácticas religiosas, en especial a los ritos de purificación. Estas prácticas todavía son importantes en las religiones musulmana abluciones e hindú. El mikvah de la religión hebrea ortodoxa y el bautismo de la católica se derivan de la inmersión ritual. Por otra parte, numerosas civilizaciones han considerado el aseo personal como una práctica saludable y placentera, sobre todo las culturas clásicas griega y romana, y esta tradición se ha transmitido a lo largo del tiempo a otras culturas, como la islámica, hasta llegar al mundo moderno occidental; además, puede servir como medio de relación social.

Las estancias más antiguas dedicadas exclusivamente al baño halladas hasta el momento son las de la ciudad india de Mohenjo-Daro, cuya fecha es anterior al 2000 a. C. También han aparecido instalaciones de este tipo en el palacio de Knosos, en la isla griega de Creta, construida entre 1700 y 1400 a. C., y en la ciudad real de Egipto Tell el-Amarna, edificada hacia el año 1350 a. C. Las pinturas decorativas sobre ánforas de la antigua Grecia revelan la existencia de artefactos primitivos similares a las duchas, y Homero habla en La Iliada de tinas para bañarse. Las termas primitivas eran tan sólo dependencias de los gimnasios y tan sólo disponían de agua fría, pero hacia finales del siglo V a. C. se empiezan a convertir en complejas instalaciones independientes, situadas por toda la ciudad, que ofrecen baños de vapor y piscinas (albercas) mixtas de agua caliente, templada y fría. En Grecia y Roma el baño se convertía a menudo en un complicado ritual de cuidados corporales, que incluía la práctica de ejercicio, masajes con aceites especiales, una sucesión de baños a diferentes temperaturas, limpieza a fondo del aceite y el sudor de la piel y al final un nuevo ungimiento con cremas u otros afeites.

Las termas públicas romanas también respondían a una función social y política. Se convirtieron en lugares ideales para el recreo y la relación social y, en consecuencia, los emperadores compitieron por legar al pueblo de Roma las obras más fastuosas. Entre sus ruinas se han descubierto numerosas obras de arte.

La iglesia cristiana siempre consideró la limpieza espiritual un hecho más importante que la limpieza corporal, e incluso generó el mito de que las termas romanas fueran un lugar de perversión. En aquellos tiempos, la opinión ortodoxa cristiana sostenía que la carne debía mortificarse todo lo que fuera posible. El baño completo, con exposición total del cuerpo, se consideraba que fomentaba las tentaciones y, por tanto, era pecaminoso, y esta opinión prevaleció en la mayor parle de Europa. Una persona se bañaba al ser bautizada por inmersión, y pocas veces más posteriormente. Los ricos se rociaban con perfumes, y los pobres hedían.

De hecho, aunque las ciudades medievales contaban con baños públicos, la iglesia siempre los consideró como lugares de mala reputación. En la Europa septentrional, de clima frío, se llegó a considerar la excesiva limpieza como algo insano, además de un acto propio de la frivolidad más reprobable. El aseo personal, por tanto, se convirtió en algo poco frecuente para la mayor parte de la población.

En el sur de Europa la invasión musulmana se dejó notar incluso en las zonas reconquistadas por reinos cristianos. El Islam no sólo permitió los baños públicos, sino que añadió a las razones higiénicas y sociales otras de tipo religioso, que sirvieron para continuar con la tradición clásica. Todas las ciudades importantes tuvieron al menos un baño público; en España esta tradición se mantuvo incluso en las ciudades cristianizadas donde hubo una cierta población musulmana (morisca). El reinado de los Reyes Católicos, y en concreto la expulsión en 1492 de musulmanes y hebreos, acabó en gran medida con estas costumbres, que a partir de entonces se asociaron a herejes, moriscos o judeo-conversos.

Con los baños, públicos o privados, se olvidó la tecnología del cuarto de baño en general. Las zanjas y letrinas exteriores, así como los orinales, resurgieron en todos los niveles de la sociedad. Los escrúpulos religiosos, a los que se unían las supersticiones médicas relativas a los peligros del baño para la salud, estuvieron a punto de poner fin a toda norma sanitaria. Durante cientos de años, cundieron las enfermedades, y las epidemias diezmaron pueblos y ciudades. En Europa, los efectos de la Reforma en el siglo XVI